

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/330878059>

Problematización de las espacialidades vecinales como estrategia de intervención comunitaria

Article in *GeoGraphos Revista Digital para Estudiantes de Geografía y Ciencias Sociales* · January 2019

DOI: 10.14198/GEOGRA2019.10.112

CITATION

1

READS

82

4 authors:



Luis Francisco Letelier Troncoso
Universidad Católica del Maule

49 PUBLICATIONS 180 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



Stefano Micheletti
Surmaule

8 PUBLICATIONS 38 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



Patricia Boyco Chioino

18 PUBLICATIONS 35 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



Victor Fernández
Universidad de las Américas (Chile)

7 PUBLICATIONS 1 CITATION

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Cambios socio territoriales y reconstrucción pos desastre [View project](#)



Actores e identidades regionales y locales [View project](#)

Letelier Troncoso, Luis Francisco; Micheletti, Stefano; Boyco Chioino, Patricia Luisa; Fernández González, Víctor. Problematización de las espacialidades vecinales como estrategia de intervención comunitaria. *GeoGraphos* [En línea]. Alicante: Grupo Interdisciplinario de Estudios Críticos y de América Latina (GIECRYAL) de la Universidad de Alicante, 2 de enero de 2019, vol. 10, nº 112 p. 1-22 [ISSN: 2173-1276] [DL: A 371-2013] [DOI: 10.14198/GEOGRA2019.10.112].



<http://web.ua.es/revista-geographos-giecryal>

Vol. 10. Nº 112

Año 2019

PROBLEMATIZACIÓN DE LAS ESPACIALIDADES VECINALES COMO ESTRATEGIA DE INTERVENCIÓN COMUNITARIA

Luis Francisco Letelier Troncoso
Universidad Católica del Maule (Talca, Chile)
Correo electrónico: fletelier@ucm.cl

Stefano Micheletti
Universidad Católica del Maule (Talca, Chile)
Correo electrónico: smicheletti@ucm.cl

Patricia Luisa Boyco Chioino
SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación (Santiago, Chile)
Correo electrónico: patriciaboyco@sitiosur.cl

Víctor Fernández González
Red de Metodologías Participativas (Rancagua, Chile)
Correo electrónico: viktorfdez@gmail.com

Recibido: 30 de julio de 2018. Devuelto para revisión: 10 de agosto de 2018. Aceptado:
2 de enero 2019

RESUMEN

En los últimos treinta años los programas de intervención comunitaria en Chile han establecido una total equivalencia entre relaciones vecinales, comunidad y escala barrial. Pese a algunos resultados positivos en la regeneración del vínculo social, el aporte de estas intervenciones en la construcción de una ciudadanía urbana ha sido menor. Los barrios-comunidades no incrementan su poder para incidir en procesos de gobernanza urbana. Lo anterior es producto de una concepción encapsulada de las relaciones vecinales en espacios-lugares limitados, que inhibe la construcción de redes urbanas y de escalamientos territoriales más amplios. Frente a esto se propone la idea de Geografías Vecinales: múltiples espacialidades, escalas y formas de organización que puede adoptar el habitar urbano. Aquí lo vecinal se entiende como un ámbito de posibilidades de acción: capaz de constituir nuevas configuraciones relacionales y creadoras de sus propias geografías. A través de la revisión de dos casos observamos los desafíos y posibilidades que esta aproximación abre a las metodologías de intervención comunitaria, entre ellos, problematizar y desnaturalizar los límites impuestos al habitar urbano, acompañando a las comunidades de vecinos para redibujar sus geografías y, a partir de ello, replantearse sus problemáticas y modalidades de acción.

Palabras clave: barrio, intervención comunitaria, geografías vecinales, escala urbana.

PROBLEMATIZATION OF THE NEIGHBORHOOD SPATIALITIES AS A COMMUNITY INTERVENTION STRATEGY

ABSTRACT

In the last thirty years, community intervention programs in Chile have established a total equivalence between neighborhood relations, community and neighborhood scale. Despite some positive results in the regeneration of the social link, the contribution of these interventions in the construction of urban citizenship has been less. Neighborhoods-communities do not increase their power to influence urban governance processes. This is the product of an encapsulated conception of neighborhood relations in limited spaces-places, which inhibits the construction of urban networks and broader territorial escalations. Faced with this, the idea of neighborhood geographies is proposed: multiple spatialities, scales and forms of organization that urban living can adopt. Here the neighborhood is understood as a field of possibilities for action: capable of constituting new relational and creative configurations of its own geographies. Through the review of two cases we observe the challenges and possibilities that this

approach opens up to community intervention methodologies, including problematizing and denaturing the limits imposed on urban living, accompanying neighborhood communities to redraw their geographies and, starting from this, rethinking their problems and modes of action.

Key words: neighborhood, community intervention, neighborhood geographies, urban scale.

PROBLEMATIZAÇÃO DOS ESPACIALIDADES DA VIZINHANÇA COMO ESTRATÉGIA DE INTERVENÇÃO COMUNITÁRIA

RESUMO

Nos últimos trinta anos, os programas de intervenção comunitária no Chile estabeleceram uma equivalência total entre as relações de bairro, a comunidade e a escala de vizinhança. Apesar de alguns resultados positivos na regeneração do vínculo social, a contribuição dessas intervenções na construção da cidadania urbana tem sido menor. Bairros-comunidades não aumentam seu poder de influenciar os processos de governança urbana. Este é o produto de uma concepção encapsulada de relações de vizinhança em espaços-lugares limitados, o que inibe a construção de redes urbanas e ampliações de escaladas territoriais. Diante disso, propõe-se a ideia de geografias de vizinhança: múltiplas espacialidades, escalas e formas de organização que a vida urbana pode adotar. Aqui o bairro é entendido como um campo de possibilidades de ação: capaz de constituir novas configurações relacionais e criativas de suas próprias geografias. Através da revisão de dois casos, observamos os desafios e possibilidades que esta abordagem abre para as metodologias de intervenção comunitária, incluindo a problematização e desnaturação dos limites impostos à vida urbana, acompanhamento das comunidades de bairro para redesenhar suas geografias e, A partir disso, repensem seus problemas e modos de ação.

Palavras-chave: vizinhança, intervenção comunitária, geografias de vizinhança, escala urbana.

INTRODUCCIÓN

Entre los años 2003 y 2013 tres de los autores de este artículo participamos en el diseño y desarrollo de la Escuela de Líderes de Ciudad¹ (ELCI), un programa de formación para la acción ciudadana que se propuso renovar y generar liderazgos sociales para incidir en los procesos de cambio y desarrollo de la ciudad de Talca.

Durante su desarrollo, la Escuela se convirtió en actor institucional relevante y el espacio de formación ciudadana más importante de la Región del Maule. Formó a más de trescientos líderes y dirigentes, acompañando su acción en distintos ámbitos

¹ Heredera de la Escuela de Planificadores Sociales-EPS/SUR (creada en 1987), la ELCI fue una iniciativa de SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación que desarrolló en convenio con ONG Surmaule y Pan para el Mundo de Alemania.

relacionados con las transformaciones y problemas que experimentaba la ciudad. El terremoto del 27 de febrero de 2010 y el proceso de reconstrucción siguiente fue escenario de la importante actuación de muchos de sus ex alumnos/as. La realización del Cabildo de Talca² y la formación del Movimiento Ciudadano Talca con Todos y Todas³ fueron algunas de las evidencias más claras que la Escuela había logrado el impacto buscado: contribuir a la existencia de una ciudadanía activa que tiene una mirada y una aspiración ético-política, a través de las cuales intenta disputar el sentido y el desarrollo de la ciudad que quiere en el espacio público.

Después de diez años, en 2013, nos comenzamos a interrogar por la escala más adecuada para promover procesos de incidencia urbana más efectivos. Observamos que, si bien los líderes y dirigentes formados en la Escuela podían, articulados, dar vida a una iniciativa de escala ciudad como el Cabildo, cuando cada uno volvía a su comunidad o a su barrio no lograba impulsar procesos territoriales significativos. Estaban solos. Decidimos explorar entonces una modalidad de trabajo distinta, focalizada en ciertas zonas de la ciudad, donde el esfuerzo formativo y de acompañamiento pudiera ser más sostenido y tener una cobertura más amplia.

En 2014 aprovechando la confianza construida con ex alumnos de la ELCI y su liderazgo, iniciamos el proyecto Territorio y Acción Colectiva en dos zonas de la ciudad. La idea fundamental era pasar de una escala nivel ciudad a una menor, que fuese intermedia entre esta y el barrio, y allí promover la articulación de diversas organizaciones vecinales, construyendo un diagnóstico profundo del área y diseñando e impulsando una agenda urbana ciudadana.

Parte del equipo que había sostenido la ELCI había llegado a la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule. Esto permitió iniciar una nueva etapa en la alianza ONG-Universidad que resultaría tan provechosa como inédita.

Durante los cuatro años que trabajamos en el TAC, la alianza ONG-Universidad nos permitió construir espacios fecundos de reflexión en torno a la experiencia en curso. De esta forma, por ejemplo, logramos reconstruir el proceso histórico político que llevó al tejido asociativo vecinal chileno a los niveles de fragmentación que encontramos en las zonas de trabajo. También nos facilitó comprender cómo la idea de barrio fue convertida en una concepción ideológica de lo vecinal, que legitimó y consolidó no solo la fragmentación de lo vecinal, sino también su despolitización. En el último tramo, haciendo una lectura crítica de los procesos de articulación vecinal que hemos acompañado y de sus resultados en el incremento del poder para orientar la acción pública, hemos ido madurando una aproximación conceptual que va más allá de la idea de barrio. Al contrastar esta aproximación con casos de articulación vecinal en otras partes del mundo, hemos arribado a la idea de “geografías vecinales”: múltiples espacialidades, escalas y formas de organización que puede adoptar el habitar urbano compartido.

Desde esta formulación volvemos a mirar la experiencia del TAC para hacer una reflexión acerca de la intervención social y del rol que la espacialidad y específicamente

² Que congregó a más de 300 delegados de organizaciones sociales de la ciudad para proponer una agenda ciudadana de reconstrucción pos terremoto.

³ Red de organizaciones ciudadanas que se articularon en torno a la demanda de una ‘reconstrucción justa’.

la escala, puede jugar en ella. Al hacerlo, constatamos que en Chile las metodologías y prácticas de intervención/promoción comunitaria orientados a lo urbano se han alineado con la concepción dominante de barrio originada en los trabajos de la Escuela de Chicago: un espacio naturalmente delimitado, desconectado de la totalidad y habitáculo de una comunidad cohesionada en torno a vínculos de lazo fuerte. Desde fines de los años noventa no existe programa alguno que, conteniendo un componente de intervención comunitaria, no haya estado focalizado en la escala barrial: Chile Barrio, Quiero mi Barrio I y II, Recuperación de Barrios, Vida en Comunidad, Acción en Comunidad, entre otros.

Pese a tener algunos resultados positivos en la regeneración del vínculo social e implicación de los ciudadanos en micro iniciativas de equipamiento comunitario, su aporte en la construcción de ciudadanía urbana ha sido marginal. Algunos podrán argumentar, y con justa razón, que este no ha sido su objetivo, sin embargo, el hecho que el gran número de organizaciones sociales comunitarias⁴ que existen en Chile y su enorme número de afiliados (PNUD, 2014) se encuentren entre las esferas organizativas consideradas con menos poder (PNUD 2002; PNUD, 2004; CEUT, 2014; Consejo Nacional de Participación Ciudadana, 2017), debe estimularnos a redefinir las metodologías de intervención comunitaria.

En esta búsqueda sostenemos que al concebir las relaciones vecinales encapsuladas en espacios-lugares limitados, las metodologías de promoción comunitaria se concentran solo en:

- a) Fortalecer el tejido asociativo interno.
- b) Problematizar los problemas del barrio solo a partir de causalidades vinculadas a las debilidades y fortalezas de los propios habitantes.
- c) Diseñar estrategias de acción/solución focalizadas exclusivamente en los recursos del propio barrio.

Frente a esta concepción contenida de lo vecinal es que proponemos la idea de geografías vecinales. Desde este enfoque, lo vecinal se entiende como un ámbito de posibilidades de acción, capaz de constituir nuevas configuraciones relacionales, ya no constreñidas por espacialidades limitantes, sino creadoras de sus propias geografías. Puede escalar, re escalar y des escalar sus ámbitos de actuación desde la proximidad residencial inmediata a la ciudad entera. Una concepción de este tipo abre nuevos desafíos a las metodologías de intervención comunitaria, quizá el más importante es problematizar y desnaturalizar los límites convencionales y los mapas cognitivos que hoy contienen las relaciones vecinales.

En las experiencias apoyadas por el TAC se observa con claridad que, a partir de la discusión de las espacialidades y las escalas, se gatillan otros procesos: se constituyen redes que amplían la espacialidad vecinal; se redefinen y politizan los problemas y las agendas; y se enriquecen las estrategias de acción. En suma, cambian y se complejizan las geografías vecinales y se incrementa el poder para modificar el territorio.

⁴ A nivel nacional son cerca de 50.000, de las cuales cerca de un 24,7% corresponden a agrupaciones vecinales o de vivienda.

EL BARRIO EN CUESTIÓN

Para la visión neo ecológica del barrio (Park, Burgess y McKenzie, 1925) y para sus aplicaciones prácticas como la ‘Unidad Vecinal’ (Perry, 1974), las unidades urbanas que forman los vecindarios se constituyen y reproducen naturalmente a partir de dinámicas ecológicas de cooperación interna y competencia con el entorno, lo que les otorga límites muy claros: “cada formación u organización ecológica sirve como una fuerza selectiva o magnética que atrae a los elementos de población apropiados y repele las unidades incongruentes” (Park *et al.*, 1925, p.77-78).

De acuerdo a Park y a sus colegas de la Escuela de Chicago, los vecindarios, en tanto parte de un orden natural, son portadores de valores que aseguran la socialización cohesiva de sus miembros y es necesario defenderlos frente a la amenaza de una ciudad cada vez más impersonal (Park *et al.*, 1925). Pero dado que para un enfoque neo ecológico los procesos de organización de la ciudad son ‘naturales’, lo que corresponde es actuar sobre cada vecindario como una realidad independiente, sin tener que preocuparse por las condiciones estructurales que lo rodean y producen.

A partir de los años ochenta y de la mano de concepciones neoliberales que reivindicaron lo comunitario como espacio liberado de la coacción estatal, la idea neo ecológica de barrio se fue instalando como la concepción dominante de lo vecinal (Madden, 2014). El barrio se presentó como una escala de gobernanza urbana ideal para lo que a nivel global se ha denominado el “nuevo localismo” (Brenner y Theodore, 2002): la búsqueda de soluciones a los problemas sociales y económicos mediante el traspaso de la responsabilidad a las áreas locales (Martin, 2003). Esto implica considerar que los problemas son del barrio y deben solucionarse en él.

Esta concepción se ha venido consolidando a través de múltiples programas públicos en los países occidentales (Atkinson, Dowling, y McGuirk, 2009). En Estados Unidos, la perspectiva teórica que está tras este giro es la del “efecto barrial” (*neighbourhood effect*), que estima que vivir en barrios pobres o problemáticos afectará las perspectivas u oportunidades de vida de sus residentes, en comparación con las posibilidades que ofrecen barrios “mejores” (Galster, Andersson y Musterd, 2010). En el ámbito europeo, el surgimiento de estas políticas se relaciona con tensiones raciales, desigualdad, segmentación social, falta de cohesión social y fragmentación del paisaje urbano, problemas que implican el surgimiento de los denominados “barrios en crisis” (*quartiers en crisis*) (Andersson y Musterd, 2005). En América Latina, los programas orientados al barrio han estado dirigidos en su mayor parte a regularizar asentamientos informales y a ‘recuperar’ zonas urbanas en deterioro físico y social a través de la movilización del capital social comunitario y el mejoramiento físico del entorno (Sepúlveda y Fernández, 2006).

Los programas de escala barrial intervienen focalizadamente, definiendo áreas delimitadas en función de carencia de infraestructura, servicios y residencia de la población más pobre. De este modo se entorpece la discusión de las lógicas urbanas que causan los problemas. Se asume que el problema está “en el barrio”, no en su relación con las políticas o gobernanza urbana. Es el barrio que debe cambiar y para eso se requiere de habitantes que confíen unos en otros y participen en el proceso de mejoramiento, es decir, capaces de movilizar capital social. No concibe al ciudadano-habitante en su derecho a producir el territorio desde una reflexión crítica en torno a su

rol en la sociedad y su relación con el Estado y el mercado, capaz de definir horizontes políticos más amplios para su acción (Tapia, 2018).

Puesto en el marco de la discusión acerca de la naturaleza del espacio, la visión dominante de barrio se ubicaría en lo que se denomina espacio absoluto: un espacio contenedor, fijo, que actúa sobre todos los objetos que contiene sin que ellos puedan ejercer acciones recíprocas sobre él (Harvey, 2012). Como espacio absoluto el barrio limita la forma y el alcance de las relaciones vecinales. Acota su espacialidad en torno a una lógica de proximidad restringida, anclada en lo residencial y da primacía a los vínculos fuertes en desmedro de los vínculos débiles (Wellman, 1979, 2001). El ideal de comunidad niega la diferencia que se presenta bajo la forma del distanciamiento temporal y espacial que caracteriza los procesos sociales (Young, 2000). La "comunidad", contenido del barrio, queda consagrada como único código de trabajo para la cohesión (Suttles, 1972; Wellman, 2001).

Se tiende a pensar que el espacio es poseedor de una vida independiente de las fuerzas, instituciones y políticas que lo conforman (Lefebvre, 1991; Madden, 2014), por tanto, los sujetos restringen sus agendas a la reproducción cotidiana de las comunidades, desconectándose de las causas estructurales de los problemas del barrio, reduciendo el sentido del habitar, sus agendas y estrategia. Cada comunidad actúa en su 'metro cuadrado' y tiene unas expectativas de éxito acotadas, puestas fundamentalmente en capturar recursos que no requieran una presión mayor y que mantienen a los estados y gobiernos en su espacio de confort. La fragmentación del espacio impide a los actores observar las potencialidades de la acción conjunta o la multiplicidad de recursos combinados que potencialmente pudieran ser movilizados (Letelier, 2018).

La concepción de barrio, como espacio absoluto, se expresa y reproduce a través de geografías de relaciones urbanas contenidas, que restringen la capacidad de los sujetos para crear el espacio. Dicho de otro modo, a través del barrio se busca que las relaciones urbanas se desconecten de su potencial de transformación y producción de lo urbano, constituyéndose en geografías de la contención (Tapia, 2018).

LA 'BARRIALIZACIÓN' DE LA INTERVENCIÓN COMUNITARIA

La intervención social comunitaria hace referencia a procesos intencionales de cambio basados en el desarrollo de recursos colectivos por las organizaciones comunitarias autónomas que modifican las representaciones de su rol en la sociedad y redefinen el valor de sus propias acciones como activo en la transformación de las condiciones que las marginan y excluyen (Chinkes, Lapalma y Niscemboin, 1995). Si trazamos una breve trayectoria de la intervención comunitaria en Chile, observamos que durante los años sesenta e inicios de los setenta el Estado fue activo en desarrollar iniciativas orientadas a fortalecer la vida colectiva y la ciudadanía política. Un buen ejemplo de ello es la "Promoción Popular" del gobierno de Frei Montalva, que tenía por objetivo incorporar a la sociedad a los sectores 'marginados' a través de su movilización y organización (Palma y Sanfuentes, 1979). A partir de la dictadura desaparecen las políticas orientadas a lo comunitario y fundamentalmente son las organizaciones no gubernamentales y eclesiales de base las que desarrollan acciones en este ámbito. Muchas de ellas estuvieron al alero de una psicología social crítica, expresada en tradiciones como la educación popular y la investigación acción participativa. En los

años noventa y la mitad de la primera década del siglo XXI se instala la idea que, si bien el crecimiento económico es la “mejor política social”, se necesitan políticas focalizadas en dar atención a los colectivos en condición de vulnerabilidad (Martin, 2004). Cobra relevancia una lógica de focalización selectiva de las políticas sociales, que se tradujo en la definición de los llamados “grupos vulnerables”.

En este marco se desarrollan experiencias de corte asistencial y promocional orientadas a familias o grupos, sólo secundariamente poniendo el foco en acciones de desarrollo comunitario (Alfaro y Zambrano, 2009). La mayor parte de las intervenciones desarrolladas en el país durante este período no consideró la importancia de las condiciones socio comunitarias, ni el desarrollo de capacidades colectivas, derechos ciudadanos, voz pública, ni control cultural de las personas en condición de pobreza sobre su propia vida (Márquez, 2005).

A partir de la segunda mitad de la primera década del siglo XXI se comienza a instalar con mayor fuerza un enfoque que releva la dimensión comunitaria. Se observa aquí un tránsito desde políticas sociales centradas en el sujeto y la vivienda (individuales/familiares) hacia unas que consideran el entorno, la comunidad y su participación en la construcción del territorio (colectivas). Es una evolución hacia esquemas más inclusivos y participativos, pero que conservan aún la noción de “experto externo” o “visión paternalista”, incluyéndose en ellas a un sujeto-actor para algunos efectos, mientras que para otros, se incluye a un sujeto-objeto-receptor (Zambrano, 2007). Los enfoques predominantes están basados en la ecología social, los modelos de competencia y el empoderamiento comunitario. Perspectivas más críticas tienen un lugar muy marginal en la intervención estatal.

Siguiendo la tendencia mundial, el ‘retorno’ a perspectivas más comunitarias de intervención social en Chile asumió que las relaciones comunitarias tienen como escala privilegiada el barrio (homologado a la idea de villa o población), asumido en su concepción dominante: un espacio delimitado, desconectado de la totalidad y habitáculo de una comunidad cohesionada en torno a vínculos de lazo fuerte (Madden, 2014; Letelier, 2018).

Ya a partir del retorno a la democracia en el año 1990, el barrio comenzó a configurarse como una de las escalas clave para enfrentar la pobreza y la desigualdad urbana a través de la movilización del capital social comunitario. Dos son las principales líneas programáticas que unifican barrio e intervención comunitaria. La primera es el programa Quiero Mi Barrio en sus distintas modalidades “Quiero Mi Barrio” (2006-2010), posteriormente el “Programa de Recuperación de Barrios” (2010-2014), y en la actualidad, un “Quiero Mi Barrio” de segunda generación (2014-2017)⁵. El programa, alojado en el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, tiene por objetivo que barrios que presentan problemas de deterioro urbano y habitacional, segregación y vulnerabilidad social sean recuperados, a través del mejoramiento y/o dotación de espacios públicos, equipamiento comunitario y entornos barriales, y del fortalecimiento de la participación de vecinos y vecinas (D.S. N°14, V. y U. 2007).

⁵ Decreto 33. Aprueba documento Programa Chile Barrio. Ministerio de Vivienda y Urbanismo. (11 de marzo de 1998); Decreto 14 Reglamenta Programa de Recuperación de Barrios. Ministerio de Vivienda y Urbanismo (12 de abril de 2007).

Entre 2006 y 2016 se han intervenido 520 barrios, lo que corresponde a un total de 292.727 viviendas y 1.335.132 habitantes. La mayoría de los barrios que han formado parte del programa no superan las 500 viviendas y son en realidad polígonos de áreas urbanas de mayor escala (Dirección de Presupuesto del Gobierno de Chile, 2017).

La segunda línea ha estado radicada en el Fondo de Solidaridad e inversión social (FOSIS). Este organismo impulsó desde finales de 1990 y hasta mediados de 2000 los programas ‘Un Barrio para mi familia’ y ‘Formación para la vida en comunidad’, orientados a la habilitación social para familias que se trasladan a un nuevo conjunto habitacional (Pardo, 2003). A finales de los 2000 FOSIS comienza el programa Acción en Comunidad cuyo propósito es “incentivar que las familias y comunidades aprovechen de manera más efectiva y eficiente, las oportunidades que brinda el Estado a través de procesos de fortalecimiento centrado en la generación de capacidades a través de la movilización de los capitales humanos, sociales y físicos” (FOSIS, 2015). En 2015, y a raíz de los problemas de habitabilidad y convivencia que experimentaban las familias que habían sido localizadas en nuevos conjuntos de vivienda social tras el terremoto de febrero de 2010, el programa Acción desarrolló una línea específica dirigida a estos conjuntos. Si bien en los diversos programas de esta línea se enfatiza más la idea de comunidad que la de barrio, se entiende que la vida comunitaria está dentro de los límites de un determinado conjunto habitacional y se vuelve de este modo a equiparar comunidad y barrio.

En ambas líneas programáticas los polígonos de intervención, denominados barrios, son definidos por los equipos gubernamentales antes de iniciar la intervención. De este modo la definición de la espacialidad de las relaciones vecinales que se quiere fortalecer queda fuera del proceso comunitario y los recursos destinados al polígono no pueden ser ejecutados fuera de él.

Estos programas, siguiendo la lógica de la fragmentación, intervienen focalizadamente, definiendo áreas delimitadas en función de carencia de infraestructura, servicios y residencia de la población más pobre del país. De este modo delimitan la discusión política, pues al enfrentar el tema de la pobreza y desigualdad urbana centrándose en el barrio y las relaciones vecinales localizadas, se dificulta y hasta potencialmente se inhabilita la discusión de las lógicas urbanas que causan su condición. De esta manera, se asume que el problema está “en el barrio”, no en su relación más amplia con las políticas y dinámicas de gobernanza urbana: es el barrio que debe cambiar y para eso se requiere de habitantes que confíen unos en otros, es decir, que fortalezcan sus vínculos de lazo fuerte (Wellman, 1979; Wellman y Leighton, 1979; Young, 2000) y a partir de ellos participen en el proceso de mejoramiento. No concibe al ciudadano-habitante en su derecho a producir el territorio desde una reflexión crítica en torno a su rol en la sociedad y su relación con el Estado y el mercado, capaz de definir horizontes políticos más amplios de acción.

La ‘barrialización’ de la intervención comunitaria es un fenómeno tan naturalizado, que incluso para quienes conciben la intervención comunitaria desde una perspectiva crítica y a la comunidad como su protagonista, el barrio es asumido como la escala natural en la cual se debe trabajar y se hace equivaler a la comunidad. En una entrevista publicada el 9 de septiembre de 2015 en el periódico *on line* “El Mostrador”, se le pregunta a la destacada psicóloga comunitaria Maritza Montero “¿cuál es el objetivo de la intervención comunitaria?”, a lo que la académica responde:

Lo central es descubrir cómo trabajar, desde la psicología y desde otras disciplinas también, en las problemáticas de las personas, pero haciéndolo con la misma gente involucrada y al interior de las comunidades. Lo importante no es tener preguntas elaboradas *al llegar a un barrio*, sino saber si esas preguntas reflejan lo que les pasa a las personas y si estas interrogantes son de interés de quienes son parte de la comunidad, y si les sirve de algo responder a esas preguntas. La intervención comunitaria debe trabajar con lo que realmente sucede *en un barrio*, tanto lo positivo como lo negativo, y dándole a las personas pautas de organización, mecanismos para controlar ciertas situaciones, estrategias para presentar proyectos, y ayudarlos a superar temores y desconfianzas a la hora de defenderse con argumentos. Nuestro objetivo es que sean las mismas personas quienes se hagan cargo de sus problemas e inquietudes. Montero, 2015.

No buscamos que la vida de barrio sea excluida de los procesos de intervención, al contrario, creemos que es un ámbito privilegiado para construir confianza y reconstruir el vínculo, nos oponemos a una intervención comunitaria que concibe al barrio, la villa o la población como recortes urbanos que pueden entenderse desconectados de la totalidad. Nuestra hipótesis es que, al legitimar el orden espacial existente, sin problematizarlo, las metodologías de intervención utilizadas en los programas públicos asumen que las relaciones vecinales están naturalmente encapsuladas en espacios-lugares limitados, lo barrios. Por la misma razón tienen mucha dificultad para observar las relaciones entre los polígonos de intervención, sus entornos urbanos y la ciudad. Terminan de este modo concentrándose en:

- a) Fortalecer el tejido asociativo interno, bajo la idea que la cohesión se produce solo a partir de la multiplicación de vínculos de lazo fuerte.
- b) Problematizar las causalidades de los problemas del barrio a partir de las debilidades y fortalezas de sus propios habitantes y comunidades.
- c) Diseñar estrategias de acción/solución focalizadas exclusivamente en los recursos del barrio.

Si bien la epistemología de estas intervenciones reconoce que la comunidad es portadora de un poder potencial, asume al mismo tiempo que para ponerlo en movimiento no se requiere más que reforzar los vínculos cohesivos de la propia comunidad que habita dentro de los límites del barrio. Así queda fuera de su campo de visión, por ejemplo, la exploración del espacio urbano que está más allá de los límites del polígono de intervención o la relación entre los problemas internos y los procesos urbanos de escala ciudad o país y la construcción de redes urbanas y escalamientos territoriales más amplios.

GEOGRAFÍAS VECINALES: NUEVAS PREGUNTAS PARA LA INTERVENCIÓN COMUNITARIA

A diferencia de lo que sostiene la concepción neo ecológica de barrio, para muchos autores lo más propio de lo vecinal no es su delimitación física ni su forma urbana, sino las relaciones, estrategias y prácticas de vecindad (Hunter, 1979; Jacobs, 1961; Keller,

1979; Madden, 2014; Massey, (2014); Suttles, 1972; Wellman, 1979; Rodríguez, 2008; Wellman, 2001). Su contenido es definido por las propias relaciones, los usos, las necesidades y las estrategias de los sujetos. Debe ser observado desde una concepción relacional en la que el espacio existe en función de las relaciones que se establecen en él (Harvey, 2012). Como espacio social producido y transformado continuamente por relaciones que se establecen en torno al habitar, es espacio vivido, un espacio de posibilidades, abierto a la creatividad de los actores (Lefebvre, 1978; Merrifield, 2011; Purcell, 2014) y susceptible de ser afectado tanto por la dimensión local como por la global (Massey, 2014). Por tal razón, en vez de pensar los lugares como áreas contenidas dentro de unos límites (barrios), podemos imaginarlos como momentos articulados en redes de relaciones e interpretaciones sociales (Massey, 2014) referenciadas por diversas escalas del habitar urbano.

Es posible identificar al menos cuatro ámbitos de referencia para las relaciones vecinales. El primero es el de la sociabilidad cotidiana, del vínculo cara a cara, basado en la proximidad residencial y en la reiteración del encuentro. El segundo es el acceso, uso y/o exclusión de los servicios públicos, infraestructuras y equipamientos de la ciudad: transporte, educación, salud, espacio público recreativo, etc. El tercero es el de los conflictos urbanos, amenazas contra las cuales las personas se articulan en determinados espacios y tiempos. Finalmente está el ámbito de las desigualdades espaciales y la lucha por la distribución del bienestar en la ciudad: el empleo, la migración, la educación, las pensiones, etc. Las relaciones vecinales pueden estar organizadas en uno o en muchos de estos niveles al mismo tiempo y cada uno de ellos implica espacialidades distintas y potencialmente complementarias.

Considerar lo vecinal en una dialéctica de proximidades – distancias, lleva a la necesidad de introducir la noción de vínculo de lazo débil (Granovetter, 1973). Estos actúan como puentes para conectar grupos y dar lugar a estructuras más grandes y complejas (Espinoza, 1998, 2003; Granovetter, 1973). La imagen de lo vecinal que emerge se opone a la idea de las comunidades como constituidas exclusivamente por relaciones de reciprocidad y solidaridad (Panfichi, 2013).

Aunque suele asociarse la idea de cohesión con la de vínculos fuertes, la sola existencia de vinculaciones estrechas produce estructuras frágiles –es decir, poco cohesionadas– pues homogenizan a los integrantes de los grupos, reduciendo la capacidad de vincularse entre círculos sociales distantes. Este tipo de configuración de lazos tendrá dificultades estructurales para desplegar estrategias comunes de mayor alcance (Granovetter, 1983). Una perspectiva cohesiva que incorpora los vínculos de lazo débil tiene un carácter más estructural, en la cual es la caracterización del vínculo lo que permite acercarnos a saber si un grupo social es o no cohesionado.

Al observar lo vecinal desde este enfoque emerge una imagen mucho más compleja: ‘comunidades’ integradas por pequeñas redes de fuertes lazos que se superponen entre sí. En esta imagen, los lazos débiles actúan como puentes entre grupos de lazos fuertes (Panfichi, 2013). Lo vecinal se entiende como una red: un conjunto de actores - individuos, grupos, organizaciones y/o comunidades que están vinculados unos a otros a través de una o un conjunto de relaciones sociales. Estas relaciones están basadas en diferentes patrones de lazos (y niveles y tipos de proximidad) los cuales pueden trascender los límites físicos de un área encapsulada (Sanz, 2003). Así, en una determinada zona de la ciudad pueden coexistir varios grupos, cada uno articulado por

lazos fuertes (las organizaciones de un barrio), articulados a su vez entre ellos por lazos débiles y al mismo tiempo esta red articulada con otras redes: una red de redes.

Dado que la espacialidad de los marcos de la experiencia urbana compartida en que se organiza lo vecinal son flexibles, y las relaciones vecinales pueden organizarse en torno a ellos de múltiples formas, entonces lo vecinal tiene el potencial de constituirse como actor en diversas escalas urbanas. Esto fue observado hace décadas por Jane Jacob y Gerard Suttles. Para la primera, lo vecinal puede ser entendido como la calle o como la ciudad: “lo vecinal es todo y puede expresarse en múltiples niveles y formas” (Jacobs, 1961). En el mismo sentido, argumenta Suttles, cuando señala que la vecindad puede significar el área de residencia inmediata, la localidad de algunas cuadras o toda la región urbana (Suttles, 1972).

En su crítica a la ideología de barrio, Henri Lefebvre plantea el problema de definir un óptimo de condiciones/dotaciones que permitan consolidar unidades urbanas estructurantes/esructuradas (Lefebvre, 1991), es decir, unidades territoriales que si bien son producto de procesos de estructuración urbana de mayor escala, también pueden ser capaces de participar en su propia producción y en la de la ciudad (Lefebvre, 1991). Ante este dilema, Jacob sostiene que el vecindario residencial, el barrio, sería demasiado grande para poseer capacidades eficaces o significado real, en tanto que habitar urbano cotidiano, y al mismo tiempo demasiado pequeño para funcionar como un área capaz de construir poder (Jacobs, 1961). Jacobs apuesta por el distrito y lo entiende como lugar de articulación política del habitar cotidiano, cuya principal función sería mediar entre los barrios, desamparados políticamente, y la poderosa ciudad en su conjunto. Son traductores de las experiencias de la vida real de los barrios en políticas y objetivos de la ciudad (Jacobs, 1961). Jacob no entiende el distrito como una delimitación político administrativa o como una mera sumatoria de organizaciones, sino como una unidad integral de poder y opinión, lo bastante grande para ser tenido en cuenta (Jacobs, 1961).

A partir de la revisión de un conjunto de trabajos teóricos y empíricos que abordan los límites del vecindario, Park y Roger (2014) proponen una síntesis que contiene cuatro niveles en que pueden observarse las relaciones vecinales. El tercero de ellos es el *vecindario institucional o distrito*. Contienen varios barrios residenciales junto con otros tipos de usos de la tierra. Incluye una gama bastante amplia de funciones como escuelas, centros de salud, instalaciones recreativas y sociales, y centros comerciales. Son el punto de partida donde el sector de planificación pública puede involucrarse con el uso de la tierra, el transporte, el desarrollo económico, los espacios abiertos, los servicios sociales, la revitalización comercial, las necesidades residenciales o los problemas ambientales. Dada la relación que existe con las políticas y los servicios urbanos, es más probable la constitución de una voz política que interpele a la autoridad respecto a la situación global del vecindario dentro de la ciudad.

A la espacialidad, escala y organización que adopten las relaciones vecinales en un momento determinado le denominaremos ‘geografía vecinal’ y se entenderá como la base a partir de la cual se desarrollan procesos de territorialidad, ejercicios de poder por parte de colectivos urbanos en relación a un espacio (Lopes de Souza, 2016; Raffestin y Butler, 2012). En específico, y tomando la idea de distrito, podemos sostener que un tipo de geografía vecinal específica es aquella capaz de articular la vida cotidiana (y sus problemas) con la esfera de las decisiones urbanas. Esta geografía debería conjugar y

vincular distintas espacialidades del habitar a través de estructuras de organización flexibles. Ha de ser en este sentido una geografía vecinal compleja.

Concebido lo vecinal de este modo, se plantean al menos tres retos a las metodologías de intervención comunitaria:

- a) Incorporar al proceso de trabajo comunitario la reflexión acerca de la espacialidad vecinal. Esto implica problematizar y desnaturalizar los límites impuestos al habitar urbano (o asumidos). La idea de barrio es ante todo un mapa cognitivo, no representa necesariamente las relaciones vecinales realmente existentes. Tiene la ‘utilidad’ de simplificar el espacio urbano, pero también puede transformarse en una profecía auto cumplida: el barrio existe porque lo vemos y lo vemos porque entendemos que existe.
- b) Problematizar la forma en que se organizan las relaciones vecinales. No existe la comunidad-barrio, sino múltiples comunidades vinculadas o no entre ellas. Esto implica entender las relaciones vecinales no solo en el ámbito de los vínculos de lazo fuerte, sino también en torno a la idea de redes y formas organizativas alternativas.
- c) Redefinir el carácter y las escalas de los problemas vecinales y sus casualidades y el propio ámbito de la acción vecinal.

Se trata, en síntesis, de apoyar procesos de redefinición de los mapas cognitivos a través de los cuales entendemos las relaciones de vecindad.

UNA EXPERIENCIA DE INTERVENCIÓN COMUNITARIA QUE PROBLEMATIZA LA ESPACIALIDAD VECINAL

El programa Territorio y Acción Colectiva⁶ (TAC)

Observando la fragmentación y debilidad de las organizaciones vecinales, el programa Territorio y Acción Colectiva (TAC)⁷ se propuso promover la constitución de territorios vecinales articulados en torno a agendas colectivas de desarrollo territorial de mayor escala, autogeneradas por sus actores locales y negociados con las autoridades. Este objetivo contiene una postura epistemológica central que modifica sustantivamente la manera de entender la promoción comunitaria. En los programas tradicionales, el foco está puesto en fortalecer una comunidad barrial, espacialmente acotada, cuya cohesión depende de sus vínculos cotidianos. Se busca aquí fortalecer las capacidades de esta comunidad para enfrentar “sus problemas” a partir de la modificación de sus prácticas. En la epistemología de estos programas la espacialidad de las relaciones vecinales está dada, no es un problema. En oposición, el programa TAC parte de un

⁶ Es importante destacar que no se trata de una intervención gubernamental, sino de una experiencia de acompañamiento político – técnico realizado por un consorcio entre dos ONG y una Universidad regional.

cuestionamiento a las especialidades vecinales existentes y su fragmentación. La pregunta por la especialidad es el eje epistémico y metodológico de esta experiencia.

En esta dirección el programa considera cinco resultados específicos en relación a las comunidades vecinales:

- 1) Problematizan su realidad, desnaturalizan su territorio y recuperan conciencia de poder sobre él.
- 2) Adquieren conocimiento técnico y político y analizan y conocen su posición y situación en el contexto mayor de una ciudad crecientemente segregada.
- 3) Construyen redes asociativas de alcance territorial.
- 4) Definen e implementan cursos de acción que afectan positivamente su territorio vecinal.
- 5) Promueven, participan y controlan iniciativas públicas -u auto gestionadas- de desarrollo del territorio.

El diseño inicial del TAC contempló cuatro componentes. Los tres primeros implican un escalonamiento en complejidad de los procesos, mientras que el cuarto, se realiza de manera transversal.

El primero es Formativo y su resultado esperado es que los vecinos, líderes y dirigentes adquieran y/o fortalezcan competencias técnicas y políticas para reconocer la ciudad y sus territorios como una construcción social, en la cual inciden diversos actores con distintos grados poder.

El segundo es Asociativo, y sus resultados esperados son dos: i) conformar una coordinación entre organizaciones y actores vecinales con el objetivo común de articular esfuerzos para el desarrollo territorial y ii) fortalecer los vínculos de confianza entre los líderes y/o entre las organizaciones de un territorio, así como su legitimidad en sus territorios de referencia.

El tercero es Político y tiene tres resultados esperados:

- 1) Los vecinos, líderes y dirigentes de un mismo territorio y sus organizaciones (articulados a nivel de territorio) priorizan los desafíos socio-urbanos que enfrentan y planifican cursos de acción para incidir en las decisiones públicas sobre gestión e inversión territorial que hagan viables diferentes soluciones a las problemáticas planteadas.
- 2) Los vecinos articulados dialogan/negocian con autoridades locales y/o sectoriales la implementación de los planes de acción elaborados, entregando insumos que permiten orientar la acción pública.
- 3) Se define una modalidad de trabajo entre la Mesa Territorial y las autoridades locales o regionales.

Por último, está el componente Comunicacional, que es transversal y excede la mera función de difusión que tienen todos los componentes comunicacionales de un programa o proyecto. En este caso, se trata de un elemento estratégico, que aporta tanto al reforzamiento de la acción colectiva frente a los actores comunitarios, al control social, como a la legitimación del proceso en la opinión de los tomadores de decisión.

En este sentido, los resultados intermedios esperados de este componente son dos:

- 1) Visibilizar el proceso comunitario de articulación y planificación territorial, reforzando la autoestima y legitimidad de la acción colectiva local.
- 2) Posicionar el proceso de articulación-planificación y negociación de agendas territoriales en medios de comunicación masiva y en espacios de influencia de opinión.

La implementación de los componentes es escalonada y va incrementando en complejidad a medida que se desarrolla el programa de intervención; y al mismo tiempo, el componente Comunicacional, se desarrolla de manera longitudinal al proceso.

El proceso se inició en marzo de 2014 y finalizó en diciembre de 2017. Se estableció un acuerdo inicial entre organizaciones de los territorios y el consorcio. Este acuerdo implicaba que la ONG y la Universidad aportaban formación y acompañamiento técnico para desarrollar un proceso de diagnóstico, articulación e incidencia territorial, y que las organizaciones se disponían a participar como corresponsables del proceso. En este sentido cabe dentro de lo que puede entenderse como un proceso de Investigación Acción Participativa (IAP)⁸.

La experiencia se inició a partir de los vínculos que existían con dirigentes de barrios en dos zonas de la parte norte de la ciudad de Talca⁹. La primera corresponde a un área compuesta por conjuntos de vivienda social construidos entre los años 1992 y 2000 en un marco de periferización, privatización y precarización del acceso a la vivienda (Rodríguez y Sugranyes, 2005): Villa Las Américas.

Sus cerca de dos mil unidades habitacionales que se construyeron en etapas sucesivas, dando origen a sus nombres: Villa Las Américas I a XI. En Las Américas habitan 7.257 personas (Censo 2017). El 83% de familias pertenecen al estrato más pobre de la población (Censo de Población y Vivienda, 2002)¹⁰ y presentan altos niveles de hacinamiento: el 22% de las viviendas tiene un nivel de hacinamiento medio y el 4% un hacinamiento crítico¹¹.

⁸ Es necesario relevar la importancia y rol que cumplió el equipo técnico-político de apoyo. Con competencias, compromiso y con condiciones –económicas- que hicieron posible su permanencia (4 años). Actuó como actor y medió entre los territorios y las autoridades. Puso en sana tensión la generación del conocimiento compartido por y entre las organizaciones del territorio, como sus ganas de protagonismo. Cumplió un rol (de agente externo) en la intervención comunitaria, con esas miradas, condiciones y convicciones.

⁹ Talca, con una población de 230.000 habitantes, es una ciudad intermedia de Chile y capital de la Región del Maule, al sur de la capital, Santiago.

¹⁰ ABC1 es el grupo de más alto nivel socioeconómico y el E el de menor nivel.

¹¹ El hacinamiento crítico, según el Ministerio de Desarrollo Social, es la razón entre el número de

La homogeneidad social y las deterioradas condiciones habitacionales y urbanas del sector han traído como consecuencia que las redes sociales sean muy frágiles y que la participación de la comunidad en la vida del barrio sea limitada. Existe mucha desconfianza entre vecinos y dirigentes, y la solidaridad entre las personas es escasa, lo que se refleja en una baja adscripción y sentido de pertenencia a la comunidad. Las personas que residen en Las Américas se sienten estigmatizadas como pobres y peligrosas. La condición de marginalidad que vive esta comunidad limita mucho el intercambio sociocultural con la ciudad.

La segunda zona es conocida tradicionalmente como Faustino González, pero los dirigentes la denominan hoy 'Territorio 5'. Nació en los años setenta a partir de la lucha de un grupo de familias por mantenerse en un terreno que se pretendía destinar a funcionarios de las Fuerzas Armadas. Las familias consiguieron permanecer y obtuvieron apoyo para mejorar sus viviendas y el entorno. A partir de este hito, se produjeron nuevos procesos de expansión de conjuntos de vivienda que combinó el subsidio estatal y el ahorro de las familias. Los últimos dos conjuntos en construirse fueron destinados a los habitantes de dos erradicaciones de campamentos realizados en la década del 2000 y tres nuevos conjuntos destinados a familias damnificadas por el terremoto del 2010 (Letelier y Rasse, 2016). Según el Censo de 2017, la zona tiene una población de 10.565 habitantes, 2.467 viviendas y 2.532 hogares. En comparación con Las Américas, esta área tiene una conformación socioeconómica un tanto más heterogénea, aunque más del 60% de las familias pertenecen a los estratos socioeconómicos más bajos— D y E (Instituto Nacional de Estadísticas (INE), Chile, 2002) Colindante con el centro de la ciudad, la zona se encuentra muy próxima a los principales centros de servicios y equipamiento de la región, como el Hospital Regional, el Centro Regional de Abastecimiento Agrícola (CREA) y el terminal de buses de la ciudad. No obstante, la zona tiene graves problemas de conectividad con la ciudad al estar encajonada entre infraestructuras de jerarquía nacional (Ruta 5 y línea férrea) y una vía estructurante de la ciudad (avenida 2 Norte).

Actualmente la zona está constituida por 19 villas y poblaciones y, al igual que en el caso de Las Américas, las políticas de asociatividad favorecieron que en cada una de ellas se conformase una asociación de vecinos. De este modo, la fragmentación organizacional del tejido vecinal es una característica compartida con el caso anterior. Entre los principales problemas socio-urbanos se encuentran el déficit de áreas verdes, espacios públicos y equipamiento, la precarización social y habitacional de zonas específicas y la conectividad con otros sectores de la ciudad.

Aprendizajes: complejización de la geografía vecinal e incremento de poder local

La experiencia muestra cómo desde una situación fragmentada del tejido asociativo se desarrolló un proceso de complejización y ampliación de la territorialidad vecinal, que puede ser descrito en cuatro sub procesos.

personas residentes en la vivienda y el número de dormitorios de la misma, considerando piezas de uso exclusivo o uso múltiple. Contempla las categorías: sin hacinamiento, medio y crítico. El hacinamiento es considerado crítico cuando la cantidad de personas por dormitorio es de 5 o más. <<http://www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen/definiciones/vivienda.html>>.

El punto de partida fue la problematización de la espacialidad vecinal y su relación con la ciudad. Esto significó que la primera interrogante planteada fue ¿Cuál es el espacio vecinal en que se debe trabajar? La pregunta se respondió de formas complementarias. El equipo profesional aportó información espacial de la zona y su entorno, la que permitió a los vecinos tener un punto de vista nuevo: “desde arriba”; los líderes y dirigentes del grupo motor aportaron experiencias previas de trabajo asociativo, en las cuales se dibujaba una geografía vecinal más abierta; y los vecinos y vecinas participaron de un trabajo de mapeo colectivo en el cual se los invitó reconocer su entorno vecinal más allá de su propio barrio. De este modo se definió un ‘polígono’ que al tiempo que problematizaba las fronteras dentro de las que cada organización venía trabajando, hacía sentido en la medida que implicaba usos y problemas comunes a todos. Un aspecto que vale mencionar, pese a que no formó parte del diseño de la intervención, es que entre ambos territorios –situados en un mismo sector-, se produjo un proceso (o una suerte de) segundo escalamiento de su geografía vecinal. Esto es, al compartir las actividades formativas, realizar encuentros, visitarse entre territorios, presentar en forma conjunta sus diagnósticos ante las autoridades, evaluar y compartir sus propios procesos, asistir a las cuentas públicas de sus pares, etc., todo ello fue generando el reconocimiento de problemáticas comunes y de alcance urbano, así como un lenguaje e identidad asociada a un territorio mayor: forman parte del sector norte de la ciudad.

Este territorio tiene graves problemas urbanos que lo atraviesan: los canales de agua que lo recorren y, la nula conectividad oriente-poniente que impiden, tanto la comunicación de cada territorio con la ciudad como entre los territorios de todo el sector. Se generó así una nueva agenda territorial que en forma incipiente empieza a dinamizar el diálogo y la discusión con los decisores de las políticas urbanas, al tiempo que esta agenda agregada se informa y es analizada en cada territorio.

*El segundo fue redefinir los límites y el carácter de las relaciones vecinales. Si más allá del propio barrio existía un territorio común ¿Cuáles son los vínculos que deben constituirse para trabajar en él? La respuesta fue la creación de un espacio de coordinación entre líderes, dirigentes y vecinos de todos los barrios, la *Mesa Territorial*. Esta estrategia implicó poner en tela de juicio la idea que lo vecinal solo puede organizarse en función de vínculos de lazo fuerte, en torno al compartir cotidiano. Existen otras referencias para establecer relaciones vecinales, por ejemplo, compartir el acceso [o la exclusión] a servicios y dotaciones públicas; compartir problemas urbanos; compartir un cierto estándar de habitabilidad, etc. Emergió entonces una red vecinal de carácter instrumental y estratégico, no basada en el compartir cotidiano sino en una aspiración urbana común. La Mesa Territorial se dotó de un conjunto de principios y normas de funcionamiento, entre ellas estaba el respeto por los distintos ámbitos de competencia que representan el barrio y el territorio.*

El tercer proceso fue la definición de una agenda territorial. El nuevo actor (la red vecinal) observa el territorio y la ciudad y se hace preguntas nuevas: ¿Cuál es la posición/condición de este territorio en la ciudad? ¿Tenemos nosotros derecho a modificarlo? ¿Está bien conectado el territorio con el resto de la ciudad? ¿Es suficiente y eficiente el servicio de transporte existente? ¿Por qué no tenemos parques? ¿Por qué el estándar urbano es distinto al de otras zonas de la ciudad? La estrategia utilizada en este caso fue formativa y centrada en la problematización de las nociones de barrio, territorio, actores y políticas urbanas. El punto de partida de estas reflexiones fue una

jornada de análisis territorial que comenzó con un viaje de los líderes y dirigentes por diferentes barrios y zonas de la ciudad y terminó con una reflexión compartida acerca de las desigualdades urbanas y sus causas. Esta experiencia fortaleció la idea de un territorio común al compararlo con otras zonas de la ciudad y al mismo tiempo ayudó a instalar un horizonte urbano al cual era posible llegar (dado que otros lo tenían).

Finalmente está el aprendizaje de nuevas estrategias vecinales. La nueva escala y sus nuevos retos precisan formas de acción colectiva diferentes. Ya no basta con llamar al funcionario municipal para que cambie una luminaria, se necesita capacidad para traducir los problemas del habitar cotidiano al ámbito público. Se precisa politizar los problemas vecinales, es decir, ponerlos en el contexto de un proceso de decisiones públicas en que se define qué, dónde y cómo se hacen las cosas. No basta con plantear un problema, hay que estructurarlo, priorizarlo respecto de otros, temporalizar las aspiraciones de solución y plantear alternativas. A demandar se le agrega el convencer, el negociar y cuando hace falta el presionar. Todo lo anterior requiere que los vecinos sean co-partícipes de la construcción de conocimiento acerca de su territorio, pero también exige que sean capaces de entender las lógicas y los procedimientos de las políticas públicas.

El desarrollo de estos procesos es acompañado por diversos riesgos y dificultades. Primero, la escala territorial emergente puede tender a ser vista como un territorio cerrado y en ocasiones invisibiliza otras escalas vecinales, como las propias juntas de vecinos. Es necesario insistir en que la geografía vecinal compleja es ante todo una estrategia y debe ser capaz de modificar su espacialidad de acuerdo a los desafíos urbanos que se presenten. Segundo, en ocasiones la red de trabajo vecinal puede volverse muy laxa y no tener capacidad de gestión. En otras puede tornarse rígida, cerrada sobre sí misma. En estos casos si bien se puede ser eficaz en la relación con las autoridades, se lesiona la relación con las organizaciones y los propios vecinos, generando momentos de desafección y debilitando el proceso global. En este sentido, la Mesa Territorial debería actuar siempre en dos direcciones: hacia las autoridades, traduciendo los problemas al ámbito político y hacia el territorio, buscando complejizar crecientemente la red vecinal. Tercero, complejizar los problemas es un paso necesario para politizar lo urbano, pero en ocasiones si el horizonte pone en cambios muy ambiciosos se produce desmotivación.

Hay que considerar el hecho de que la capacidad de acción colectiva del territorio no siempre es suficiente para movilizar a un estado que tiene dificultades para pensar territorialmente su acción. Este riesgo puede ser moderado con una agenda que contenga iniciativas de corto, mediano y largo plazo. Cuarto, si bien es central desarrollar estrategias sistemáticas de sensibilización y movilización de medios de comunicación y de autoridades, también es imprescindible hacerlo con las comunidades del territorio. Esto último ayuda a gatillar la participación de vecinos y vecinas que estaban fuera de los circuitos regulares de relación de los líderes y dirigentes. Es necesario desarrollar un repertorio amplio de estrategias de comunicación local que permitan construir opinión pública territorial y mantener informados a la mayor cantidad de habitantes. Quinto, si bien el espacio de participación fundamental en el proceso fue el de las Mesas Territorial, las que integraron fundamentalmente a líderes y dirigentes, fueron relevantes también otros espacios, como las Cuentas Públicas o Talleres de diseño participativo. Muchos vecinos y vecinas que usualmente no participan en organizaciones sociales, podían hacer aportes en instancias o proyectos

específicos. Esto implica reforzar la idea de que existen “participaciones”, es decir, intensidades y modalidades diversas de involucramiento. Para ellas, es necesaria una mayor diversidad de repertorios de participación

Más allá de estos riesgos y dificultades, en ambos casos la complejización de las geografías vecinales ha tenido impactos muy concretos en la orientación de la acción y la inversión pública en los territorios. Las Mesas Territoriales han conseguido poner agenda a los decisores, y en torno a dicha agenda se ha implementado un conjunto muy importante de acciones; entre ellas, mejoramiento de espacios públicos, creación de nuevas áreas verdes, instalación de nuevo equipamiento comunitario, programas de mejoramiento de viviendas, revisión y redefinición de los recorridos del transporte público, etc.

DISCUSIÓN

La espacialidad de las relaciones vecinales, que para las metodologías de fortalecimiento comunitario enfocadas en el barrio es una cuestión no sometida a cuestionamiento, se constituye en el eje de problematización en una estrategia metodológica que asume la existencia de geografías vecinales. A partir de la pregunta inicial por la espacialidad en que se desenvuelven las relaciones vecinales comunitarias se desatan tres procesos. El primero es la superación de la reclusión de lo comunitario al ámbito de las relaciones de vínculo fuerte, incorporando los lazos débiles como recursos estratégicos que conectan a los sujetos, las organizaciones y comunidades y les permite construir procesos de mayor escala. El segundo implica la modificación de las escalas de actuación vecinal y, por lo tanto, una reconfiguración de las problemáticas del territorio y de sus causalidades, poniéndolas en el contexto de procesos urbanos mayores y ampliando el horizonte de posibilidades más allá de las demandas que tradicionalmente ocupan la agenda de las organizaciones vecinales. El tercero es la modificación de las estrategias y de las representaciones acerca del tipo de relación entre lo vecinal y la autoridad.

Tradicionalmente las estrategias están acotadas a la petición en un marco de vínculos clientelares. Pero la complejización de los problemas (y de sus soluciones) empuja a los vecinos y vecinas a construir un conocimiento más profundo del territorio sin el cual no podrían vincular el habitar cotidiana con su dimensión política. Por otro lado, la nueva escala vecinal y la red que actúa sobre ella, es asumida como un recurso en sí mismo, en tanto genera una agregación de poder antes inexistente. Estos elementos constituyen la base para un diálogo más simétrico con la autoridad.

La problematización de la espacialidad y la complejización de las geografías vecinales se muestran como una estrategia fecunda para la puesta en marcha de procesos de intervención comunitaria que no solo reconstituyan vínculos, sino también generen ciudadanía urbana y derecho a la ciudad. Sin embargo, no cualquier epistemología y metodología de trabajo comunitario es capaz de asumir los desafíos y las preguntas que le propone el enfoque de las geografías vecinales. Las tradiciones más vinculadas a una lógica de promoción y fortalecimiento del capital social que buscan empoderar a la comunidad para adaptarse eficientemente a las condiciones existentes, dejan poco espacio para la problematización de las relaciones urbanas más allá de la idea de barrio-comunidad. Otras tradiciones, de origen latinoamericano, tales como la investigación

acción participativa o la educación popular, y enfoques que revalorizan la práctica social como productora de metodologías, como la sociopraxis, parecen ser más abiertos a poner en cuestión la espacialidad de los vínculos comunitarios y su relación con la modificación del poder vecinal.

BIBLIOGRAFÍA

ALFARO, J. y ZAMBRANO, A. Psicología comunitaria y políticas sociales en Chile. *Psicología & Sociedade*, 2009, 21 (2), pp. 275-282.

ANDERSSON, R. y MUSTERD, S. Area-based policies: A critical appraisal. *Tijdschrift Voor Economische En Sociale Geografie*, 2005, 96(4), pp. 377-389. <<https://doi.org/10.1111/j.1467-9663.2005.00470.x>>.

ATKINSON, R., DOWLING, R. y MCGUIRK, P. Home/ Neighbourhood/City/+. *Environment and Planning*, 2009, 41 (12), pp. 2816-2822.

BRENNER, N. y THEODORE, N. Cities and the Geographies of “Actually Existing Neoliberalism.” *Antipode*, 2002, 34 (3), pp. 349-379. <<https://doi.org/10.1111/1467-8330.00246>>

ESPINOZA, V. Historia social de la acción colectiva urbana: Los pobladores de Santiago, 1957-1987. *EURE*, 1998, 24 (72), pp. 71-84. <<https://doi.org/10.4067/S0250-71611998007200004>>.

GALSTER, G., ANDERSSON, R. y MUSTERD, S. Who Is Affected by Neighbourhood Income Mix? Gender, Age, Family, Employment and Income Differences. *Urban Studies*, 2010, 47(14), pp. 2915-2944. <<https://doi.org/10.1177/0042098009360233>>.

GRANOVETTER, M. La Fuerza De Los Vínculos Débiles. *American Journal of Sociology*, 1973, 78 (6), pp. 1360-1380.

GRANOVETTER, M. The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited. *Sociological Theory*, 1983, vol. 1, 201-233.

HARVEY, D. La geografía como oportunidad política de resistencia y construcción de alternativas. *Revista de Geografía Espacios*, 2012, 2 (4), pp. 9-26.

HUNTER, A. The Urban Neighbourhood Its Analytical and Social Contexts. *Urban Affairs Review*, 1979, 14 (3), pp. 267-288. <<https://doi.org/10.1177/107808747901400301>>.

JACOBS, J. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Entrelíneas, 1961.

KELLER, S. *El vecindario urbano, una perspectiva sociológica* ([2a ed.]). Madrid: Siglo XXI, 1979. <http://cataleg.ub.edu/record=b1060296~S1*spi>.

LEFEBVRE, H. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1978.

LEFEBVRE, H. (1978). *De lo rural a lo urbano (Antología preparada por Mario Gaviria)*. Barcelona: Península, 1978. <[https://www.insumisos.com/LecturasGratis/lefebvre henri - de lo rural a lo urbano.pdf](https://www.insumisos.com/LecturasGratis/lefebvre%20henri%20-%20de%20lo%20rural%20a%20lo%20urbano.pdf)>.

LETELIER, F. *El barrio en cuestión. Fragmentación y despolitización de la vida urbana vecinal en la era neoliberal*, 2018. Manuscrito no publicado.

LETELIER, F. y RASSE, A. Política de reconstrucción y desplazamiento: El caso de las familias de bajos ingresos del centro de Talca. *Revista de Urbanismo*, 2016, 35, pp. 220-245. <[https://doi: 10.5354/0717-5051.2016.42840](https://doi.org/10.5354/0717-5051.2016.42840)>.

LOPES DE SOUZA, M. Lessons from Praxis: Autonomy and Spatiality in Contemporary Latin American Social Movements. *Antipode*, 2016, 48 (5), pp. 1292–1316. <https://doi.org/10.1111/anti.12210>

MADDEN, D. J. Neighborhood as spatial project: Making the urban order on the downtown Brooklyn waterfront. *International Journal of Urban and Regional Research*, 2014, 38 (2), pp. 471–497. <<https://doi.org/10.1111/1468-2427.12068>>.

MARTIN, D. Enacting Neighborhood 1. *Urban Geography*, 2003, 24, 361–385. <<https://doi.org/10.2747/0272-3638.24.5.361>>.

MASSEY, D. *Un sentido global del lugar*. En A. Albet y N. Benach Rovira (Eds.). *ICARIA*, 112–228. Barcelona: Icaria, 2014.

MERRIFIELD, A. *El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana*. *Urban*, 2011, pp. 101-110.

PALMA, E., y SANFUENTES, A. Políticas estatales en condiciones de movilización social: las políticas de vivienda en Chile (1964-1973). *EURE*, 1979, 6 (16).

PANFICHI, A. Del vecindario a las redes sociales: cambio de perspectivas en la sociología urbana. *Debates En Sociología*, 2013, 20 (1). <<http://goo.gl/Czq8Lh>>.

PARK, R. E., BURGESS, E. W. y MCKENZIE, R. *The City*. Chicago: The University Chicado Press, 1925. <<https://doi.org/10.2307/3004850>>.

PARK, Y., y ROGERS, G. O. Neighborhood planning theory, guidelines, and research: Can area, population, and boundary guide conceptual framing? *Journal of Planning Literature*, 2014, 30 (1), pp. 18-36. <[doi: 10.1177/0885412214549422](https://doi.org/10.1177/0885412214549422)>

PERRY, C. *The Neighborhood Unit. A Scheme of Arrangement for the Family-Life Community. Volume VII of The Regional Plan of New York and its Environs, titled Neighborhood and Community Planning*. New York: Arno Press, 1974.

PURCELL, M. Possible worlds: Henri lefebvre and the right to the city. *Journal of Urban Affairs*, 2014, 36: 1, 141-154. <<https://doi.org/10.1111/juaf.12034>>.

RAFFESTIN, C., y BUTLER, S. A. Space, territory, and territoriality. *Environment and Planning D: Society and Space*, 2012, 30 (1), pp. 121–141. <<https://doi.org/10.1068/d21311>>.

RODRÍGUEZ, G. ¿Comunidad? Mediación comunitaria, habitar efímero y diversidad cultural. *Polis* [En línea], 2008, 20|2008, Publicado el 19 julio 2012, consultado el 05 agosto 2018. <<http://journals.openedition.org/polis/3435>>.

SANZ, L. Análisis de redes sociales: o cómo representar las estructuras sociales subyacentes. *Apuntes de Ciencia y Tecnología*, 2003, 7, (10). pp. <<https://doi.org/10.1007/s10588-006-7084-x>>.

SEPÚLVEDA, R., y Fernández, R. *Un análisis crítico de las políticas nacionales de vivienda en América Latina*. San José: Centro Cooperativo Sueco, 2006.

SUTTLES, G. D. *The social construction of communities. Studies of Urban Society*. Chicago: University of Chicago Press, 1972.

WELLMAN, B. The Community Question: The Intimate Networks of East Yorkers. *American Journal of Sociology*, 1979, 84 (5), pp. 1201–1231. <<https://doi.org/10.1086/226906>>.

WELLMAN, B. *The Persistence and Transformation of Community: From Neighbourhood Groups to Social Networks Report to the Law Commission of Canada Barry Wellman*. Toronto: University of Toronto, 2001. <<http://homes.chass.utoronto.ca/~wellman/publications/lawcomm/lawcomm7.PDF>>.

WELLMAN, B., y LEIGHTON, B. Networks, Neighborhoods, and Communities: Approaches to the study of community question. *Urban Affairs Quarterly*, 1979, 14 (3), pp. 363–390. <<https://doi.org/10.1586/14789450.4.2.239>>.

YOUNG, I. M. *La justicia y la política de la diferencia*. Valencia: Cátedra, 2000.

© Copyright Luis Francisco Letelier Troncoso, Stefano Micheletti, Patricia Luisa Boyco Chioino, Víctor Fernández González y Revista *GeoGraphos*, 2019. Este artículo se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.



GIECRYAL

GRUPO INTERDISCIPLINARIO DE
ESTUDIOS CRÍTICOS Y DE AMÉRICA LATINA